

UN ACERCAMIENTO A LA HISTORIA DE LA EXHIBICIÓN CINEMATOGRAFICA EN UNIÓN DE TULA

Ana María de la O Castellanos*

This article analyzes the movie phenomenon in a small town of Mexico, from its origins, with the appearance of the first exhibitions and motion-picture theaters to the recent extinction of movie exhibits due to the entrance of video-tapes brought by mexican immigrants who return from the United States.

La palabra "cine" provoca una serie de imágenes, lugares, rollos que luego se desdoblán en la mente de cualquier sujeto. Así de entre esos recuerdos surge el de la función callejera, el cine a cielo abierto; como en las salas, los operadores y las múltiples anécdotas que sobre cada película se tiene en el pueblo de Unión de Tula.

En este testimonio se intenta recoger algunas noticias sobre la exhibición del cine en una comunidad que en 1950 apenas alcanzaba poco más de los 5 000 habitantes. Del cine que se vió y cómo se vio, el lugar de las salas, quiénes y cómo lo proyectaban. Pretende ser un trabajo más de orden etnográfico, a fin de descubrir el impacto que el cine tuvo en este pueblo. Todos los datos se recogieron a través de charlas con los mismos tulenses y de lo que me ha tocado vivir.

* El Colegio de Jalisco.

Comunicación y Sociedad (DECS, Universidad de Guadalajara), núm. 21, mayo - agosto 1994, pp. 183 - 190.

El cine a cielo abierto

El primer cine del cual se tiene memoria en Unión de Tula fue el cine Azteca, que funcionó desde los primeros años de la década de los cuarenta hasta mediados de los cincuenta (quince años permaneció abierto). Este se encontraba en la esquina noroeste de las calles La Paz y Jalisco, a una cuadra de la plaza principal. El local era un corralón propiedad de Julián Villaseñor Mejía, quien tiempo atrás había sido diputado federal por la región de la costa del estado de Jalisco. En el corral con piso de tierra, los distintos aficionados debían llevar su silla, la cual generalmente era de cabritilla (tablas) o de asiento de tule, “de lo que cada quien tuviera en su casa”. Como pantalla se utilizaba una gran manta que tapaba las gruesas paredes de adobe que componían las bardas del viejo corral. La entrada era un viejo portón de madera que daba a la calle La Paz. El negocio del cine lo tenía Salvador Villaseñor, quien era el farmacéutico del pueblo, además de recibir el apodo de “el bendito” por la relación tan cercana que mantenía con los sacerdotes, al grado de que por instrucciones del señor cura J. Jesús Gutiérrez, al momento de proyectar una escena “escabrosa” (beso entre los protagonistas), el operador del proyector, Guadalupe Torres, colocaba la mano sobre el foco con el fin de cubrirla hasta que pasara el “bochornoso” momento.

Para anunciar las funciones de cine, tocaban música que se dejaba oír a través de grandes cajones de madera gris, colocados en las cuatro contraesquinas del corralón. La gran mayoría de las películas que se proyectaron fueron mexicanas y entre las que más se recuerdan están *El Charro Negro*, *La vuelta del Charro Negro*, *La venganza del Charro Negro*.

La llegada del cine a Unión de Tula se encuentra muy relacionada con la instalación del servicio de luz eléctrica y alumbrado público. En estos primeros años muy pocas casas contaban con luz, unos cuantos focos de no más de veinte watts alumbraban las calles. La misma planta de energía propiedad de don Mónico Vázquez prestaba servicio para todo el pueblo incluyendo el cine con un horario de seis o siete de la tarde a

diez de la noche. De esta manera para la salida de la función muchas de las gentes llevaban sus “aparatos de petróleo” (mecheros de lata), para alumbrarse a fin de llegar a sus casas.

El cinito callejero

Las funciones de cine callejero también se dieron en Unión de Tula, éstas estuvieron patrocinadas por Café El Marino y La Flor de Córdoba, empresa que regularmente allá por los años sesenta patrocinaba la exhibición de “cinito” una vez al mes. Les servía de pantalla una pared alta que estaba por la calle Puebla esquina con Jalisco (suroeste), y en otros casos fue una de las paredes exteriores del viejo corralón, ya entonces abandonado, del cine Azteca, las que daban servicio como pantalla.

Alrededor de las siete de la noche, cuando ya empezaba a oscurecer, y no era temporada de lluvias, se instalaba el camioncito-panel, desde el cual se proyectaban las películas. Las gentes con sus sillas o bancos llegaban a instalarse en el arroyo mismo de la calle. Entonces se iniciaba la parte de la promoción y propaganda —sobra decir que la función era gratis—, en donde abundaban los regalos de vasos, jarras, cubetas y por supuesto, sin faltar los sobrecitos de café molido. Además se repartían boletos seriados para al término de la función hacer la rifa del premio mayor que consistía en una “moderna cafetera”. Había que cuidar el papelito y soportar hasta dos o tres horas sentado, en ocasiones sobre el mismo duro suelo de la calle.

A las ocho, ya todo oscuro, con apenas unos cuantos foquitos que funcionaban como alumbrado público y que no llegaban a interferir, se iniciaba la función. Los niños se sentaban sobre el empedrado, porque lo más peleado que eran las banquetas, quedaban para los adultos. Pasaban unos minutos antes de que todos quedaran “debidamente” instalados y en silencio, para dar paso al sonido e imagen de la película.

A estas funciones gratuitas acudía la mayor parte del pueblo; la familia completa, desde los más chicos hasta los

ancianos, se disponía a disfrutar de la proyección. Las gentes llegaban con sus sillas de madera o de ixtle, pero también se recuerda a aquellas señoritas de la alta, que asistían con sus singulares banquitos de fierro.

La mayoría de las películas eran en blanco y negro, con buen sonido, aunque no podía decirse lo mismo de la calidad de las cintas gastadas, que con toda seguridad ya habían recorrido la mitad del país antes de llegar a Unión de Tula, y que suscitaban del respetable público los reclamos al sufrido "cácaro".

Las salas de cine

Durante la década de los cincuenta sobrevino en Unión de Tula un auge en su economía a raíz de la construcción de la presa de Tacotán (1952-1956) ubicada en el municipio (la más importante en el estado durante esos años), y que vino a fortalecer a los comerciantes de las grandes tiendas mixtas establecidos en la cabecera. Fueron precisamente estos sujetos los que construyeron locales techados destinados para proyectar el cine, además de que funcionaron como escenarios para las presentaciones de los distintos grupos de teatro que existían en el pueblo o compañías que iban de paso. Y desde los años setenta también para fiestas de graduación o de fin de los cursos escolares.

De entre esas salas se encuentra el cine Estrella que estuvo ubicado por la calle Juárez (acera sur), a media cuadra del centro. Se contruyó este salón en la parte trasera y corralón de la tienda La Palma propiedad de don Cuco (Refugio) Estrella, quien además fue el dueño de la sala.

Tal recinto tenía el techo con estructura de madera tipo tejamanil y lámina de cartón enchapopotado. Ya contaba con mobiliario propio, en sus primeros dos años tenía al centro sillas de cabritilla y a ambos lados gradería también de madera. Después, en el año de 1958, le colocaron butacas de fierro. Tenía capacidad para cerca de 500 personas. Sus funciones eran

los miércoles, jueves, sábado, domingo y lunes. Los días que más se llenaba la sala, hasta con personas de pie, era el jueves y el domingo, por ser los días de descanso en el pueblo; hasta la fecha se cierran por las tardes todos los negocios, incluyendo el mercado. Todo el tiempo tuvo como boleteros a la señora Amparo Larios y a Neo Murguía. La dulcería la atendían las nietas del dueño, Teresa, Odila y Gema Villaseñor Estrella.

A principios de los años sesenta don Cuco Estrella se asoció con algunos de los dueños del otro cine abierto en Unión de Tula, ellos fueron Roberto Gómez Gil y J. Guadalupe López, ambos comerciantes también.

Las películas se anunciaban a través de dos bocinas colocadas en lo más alto del techo del salón, una hora antes de iniciar la función se dejaba oír la música y al término de cada canción Hermán Real (*La Pitarra*), leía la cartelera que se presentaba esa tarde.

El cine Estrella tenía fama por “traer buenas películas” como la de *Los diez mandamientos*, *El manto sagrado* y otras americanas que gustaban, pero sobre todo porque no había necesidad de censurarlas. Se presentaban también películas mexicanas casi siempre melodramáticas, no rancheras, como *El derecho de nacer* o *La hija del payaso*. De las matinés del Estrella se recuerdan los llamados “episodios”, en donde a lo largo de cuatro o cinco domingos les pasaban partes o fragmentos de cintas a los niños, como las de *El fantasma* y *Tarzán*.

Otra de las empresas que empezó a proyectar películas el mismo año que el cine Estrella fue el Unión, el cual inició sus funciones en el Salón Parroquial (ubicado por la calle Toluca, a espalda del templo), edificio con techo de teja y sillería de cabritilla. Los socios fueron Juan Moreno y Alfredo Rodríguez (*El Guájaro*), éste último también fue el operador y de quien más anécdotas sobre el cine se cuentan en el pueblo.

Posteriormente durante 1958, se construyó, en la esquina noreste del cruce de las calles Toluca y Juárez, un salón expreso para el cine Unión, a una cuadra también del centro. Este mismo año entraron de socios Roberto Gómez Gil, Virginia

Aréchiga y J. Guadalupe López, todos ellos también comerciantes. El techo que se le puso fue lámina de asbesto y la sillería siguió de madera.

En la historia de este cine destaca la presencia de Alfredo Rodríguez, mejor conocido como *El Guájaro*, quien además de tener una voz y manera muy peculiar de hablar, era el hombre orquesta en el manejo del cine. Desde que se inauguró la sala, hubo queja por parte de una de las vecinas, la respetada señorita Petrita Arriola, de que durante la construcción de la misma le habían quitado unos metros de su terreno y los "citó a la presidencia", tal y como se acostumbra en los pueblos, a fin de resolver las quejas. Pero a partir de ese momento le empezaron a llegar anónimos con amenazas, y de quién más sino de *El Guájaro*. Por lo que la señorita Arriola dejó la queja para los archivos.

Mientras hubo cine en Unión de Tula, y fue proyectado por Alfredo Rodríguez, no se tuvo censura; solamente decía: "está fuertecita, pero aguanta. Las escenas más fuertes ya pasaron". Nunca le importó la opinión del cura en turno, decía: "si quieren ver cine cortado, váyanse al otro". Entre una de las ocurrencias de Alfredo se cuenta aquella de regalar paletas a los niños durante las matinés de los domingos, esto con el fin de ganarle el público al cine Estrella. Además de que los jueves tenía "oferta" para entrar a la función: \$1.00 hombres, 50 centavos damas y 20 centavos niños. El mismo se encargaba de anunciar el programa, pero como sólo tenía una bocina, cada quince minutos se subía a lo alto para orientarla a un lado y a otro.

Alfredo hacía viaje especial para visitar las distribuidoras de películas en Guadalajara, y calendarizaba las que le iban a enviar a fin de proyectarlas durante cierto período. La película *Los cañones de Navarone* fue de las más anunciadas en Unión de Tula. Cada que llegaba *El Guájaro* de Guadalajara decía lo mismo: "ya mero nos toca, en la primera oportunidad nos la van a mandar". Sin embargo en cierta ocasión unos amigos suyos le enviaron un telegrama anunciándole que por haberse cancelado en otra población la proyección de la película donde actuaba Anthony Queen, para tal fecha, y únicamente por dos

días, podría proyectar tal película en Unión de Tula. Firmado por la distribuidora de Guadalajara, a medio pueblo Alfredo les mostró el telegrama; procedió a distribuir volantes, y hasta pintó el piso de la plaza: "Próximo sábado y domingo: *Los cañones de Navarone*". La publicitó en todos los medios que se le ocurrieron. Sin embargo, la película nunca llegó. Se habló por teléfono a Guadalajara y resultó todo una broma de los amigos de *El Guájaro*.

A principios de 1970 se remodeló el cine Unión, las butacas de fierro que estuvieron en el cine Estrella se las vendieron a los dueños socios de éste y se le cambió de nombre por el de Latino. Su boletería por muchos años fue la señora Cristina Ramos.

Los días de función en todas las salas cinematográficas fueron los miércoles y jueves, sábados, domingos y lunes. Las películas llegaban a Unión de Tula en la ruta de camiones que iban a la costa, y que venían de pueblo en pueblo, así, si alguien visitaba las localidades cercanas y leía las carteleras de los cines, con toda seguridad esas películas o acababan de proyectarse en Unión de Tula, o estaban próximas.

Las carteleras publicitarias del cine Estrella se colocaban en las esquinas del portal Jalisco, y las del cine Unión, en el portal Villaseñor. En ambas se acostumbraba proyectar dos películas, una hablada en español y la otra en inglés.

En 1969 se empezó a proyectar cine una vez más dentro del salón parroquial, bajo el nombre de Microcine, en donde estuvieron de socios J. Guadalupe Dueñas, Rodolfo Omelas y José Osorio. Esto fue por pocos meses, porque los dos últimos construyeron una sala a la que llamaron Encanto, con marquesina o segundo piso. Para la inauguración hubo un concierto de piano a cargo del músico tulense Víctor Amaral. En este cine siempre hubo censura y siguió las pautas de los otros, butacas de fierro, y programación para los mismos días. Se exhibían dos cintas y se anunciaban primero a través de las bocinas instaladas en lo alto del techo. Desde 1971 a raíz de una granizada memorable en el pueblo, se cayó el techo de la sala; una vez

reconstruido se publicitaban las funciones en las calles a través de perifoneo o carro con sonido.

Las dos últimas salas, el Latino y el Encanto, cerraron sus puertas definitivamente en 1988, a raíz de la llegada de videocassetas traídas por los "emigrados del norte". En la actualidad no existe recinto cinematográfico alguno abierto en Unión de Tula, de ahí que resultara de interés intentar esta aproximación a lo que fue el cine en uno de los tantos pueblos de Jalisco.